

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS
DE CATALUÑA

8024.

EL MONASTERIO
DE
SANTA MARÍA DE RIPOLL

PRESENTADO POR EL ARQUITECTO

D. JOSÉ ARTIGAS Y RAMONEDA

Á SUS COMPAÑEROS DE PROFESIÓN

EN

LA EXCURSIÓN HECHA AL MONASTERIO POR LA ASOCIACIÓN
EN 20 DE JUNIO DE 1886



BARCELONA
TIPOGRAFÍA DE FIDEL GIRÓ
1886

112

IN THE

SANTA MARIA DE RIPO

DE LOS AÑOS Y

DE LOS AÑOS

DE LOS AÑOS

ACTA DE LA EXCURSIÓN

DESPUÉS de reunidos en la estación del camino de hierro del Norte, en la mañana del día 20 de junio de 1886, los Sres. Rogent, Fossas, Artigas, Font y Carreras, Torres Argullol, Falqués, Cabañes, Miquelerena, Bui-gas, Gustá, Bassegoda (D. Joaquín), Abril, Fernández, Pollés, Sagnier, Font y Sangrá, Càmbara, Gallisá, Font y Gumá, Bassegoda (D. Buenaventura), García Faria, Fatjó, Villar y Carmona, y el infrascrito Secretario, salieron para Ripoll en en el primer tren de la linea de San Juan de las Abadesas. Al llegar á Vich se agregó á la comitiva el M. I. Sr. D. Jaime Collell, delegado del Exmo. é Ilmo. señor Obispo de la diócesis vicense, quien manifestó que S. E. Ilma. no podía asistir á la excursión, por impedírselo las múltiples é importantes obligaciones de su santo ministerio. Continuado el viaje y llegados á Ripoll, fueron recibidos por el Rdo. D. Miguel Oños, Regente del Archiprestazgo y por D. Antonio M.^a Ginestá, Alcalde de la citada población, previamente invitados por la Junta Directiva.

Luego los señores excursionistas, acompañados de las dignas

Autoridades antes nombradas, se encaminaron al Monasterio. Una vez en su recinto, el distinguido ponente D. José Artigas fué dirigiendo y asesorando á los expedicionarios á fin de reconocer y examinar mejor el monumento. Situados en la entrada del mismo, observaron la fachada principal con su atrio, y admiraron la magnífica portada de estilo románico, llamada con razón *Arco de triunfo al catolicismo*. Acto seguido pasaron al claustro. El Sr. Artigas hizo atinadas observaciones sobre la disposición y estilos que presenta, y manifestó su criterio respecto á la composición y decoración de sus capiteles; dieron la vuelta por la parte exterior de la iglesia, durante cuyo artistico paseo contemplaron las fachadas laterales y posterior del templo, al propio tiempo que el susodicho ponente daba interesantes explicaciones referentes á la estructura de la construcción, al aspecto de la misma, á la distribución de los ventanales y á la disposición de los ábsides. Por último, pasaron al interior de la iglesia, en cuya parte, gracias á las noticias ofrecidas y á los argumentos presentados por la ponencia, los concurrentes se formaron cabal idea del primitivo cenobio, imaginándolo y completándolo mentalmente con sus cinco naves, de cañón seguido la central, elevada sobre las restantes para proporcionar, por medio de ventanales altos, fácil iluminación al ámbito sagrado; dispuestas las inmediatas de modo que sus bóvedas, á manera de botareles, hacían oficios de contrarresto, y cubiertas las otras dos por macizos de directriz semicircular.

Finalizó el reconocimiento haciendo algunas consideraciones sobre los vestigios arquitectónicos de los diferentes estilos que ostentan las ruinas; después de lo cual el Sr. Artigas dió lectura de un notable trabajo escrito expreso para la excursión referente al Monasterio, que fué coronada con un aplauso unánime y espontáneo dado por los concurrentes, quienes saludaron y felicitaron al Sr. Artigas con señaladas muestras de satisfacción.

Terminado el objeto principal, dirigióse la comitiva á la

fonda, en donde comieron con la expansión y familiaridad propias entre compañeros; pronunciándose, al finalizar el banquete, entusiastas brindis dirigidos al Exmo. é Ilmo. Prelado de Vich por la idea de la restauración del Monasterio, hicieronse fervientes votos para su pronta terminación, y felicitóse al Sr. Artigas por su bien pensado y escrito discurso; quien brindó por el obispo Oliva y por el monje Arnaldo, indiscutibles autores del monumento; manifestó su reconocimiento, y dió de nuevo las gracias á las Autoridades y á los compañeros por las pruebas de deferencia y consideración de que había sido objeto.

Por último el señor Vicepresidente, interpretando los sentimientos de todos los presentes, propuso, y fué acordado por unanimidad, que en expresivo telegrama se saludase al Sr. Ser-rallach, digno Presidente de la Asociación, manifestándole el sentimiento que había causado su forzosa ausencia.

Barcelona, 21 de mayo de 1886

El Vicepresidente

AUGUSTO FONT

El Secretario

JOSÉ AMARGÓS

BIEN lo sabéis, señores y amigos míos, los que con vuestra presencia habéis venido á honrar este acto, que no se debe á mi iniciativa el que os halléis congregados para oír la palabra del más imperito de vuestros profesores. Permitidme, sin embargo, que en este instante os lo recuerde.

De la dignísima persona que preside nuestra *Asociación de arquitectos*, y amigo mío querido, recibí atenta comunicación dirigida á darme cuenta de que por turno me correspondía la ponencia en la excursión artística próxima, perteneciente al mes de mayo del año actual, y á rogarme tuviera á bien aceptar tan honroso cometido.

A esta comunicación del Presidente, delicadamente unió el amigo cariñosa carta particular, que más me obligara á la aceptación del trabajo á que se me invitaba, y que por riguroso turno y antigüedad me correspondía efectuar.

No pude desairar al Presidente y al amigo; así que, acusándole recibo de sus letras, escribíle lo siguiente: «Honroso es, en efecto, el encargo que se me confiere, pero muy superior á los recursos de que dispongo para llenarlo correctamente; y desde luego excusaría lo si al así hacerlo no pudiera

implicar para el presente una renuncia que se achacara á des-afecto mío hacia nuestra Asociación, y para lo porvenir un mal ejemplo que pudiera quizás repetirse. Acéptolo, pues, como deber ineludible, al que me hallo sometido, que se tendrá, confío, en cuenta por mis apreciables compañeros, para dispensarme toda la benevolencia que habré de requerirles al cumplimentarlo, Dios mediante, en la fecha que se me señala.»

La Divina Providencia quiso que viera yo esta fecha y la vierais también vosotros los que estáis aquí presentes. Séanle dadas por tal merced las más rendidas gracias, y ella me sostenga para satisfacer la deuda que tengo contraída; porque, ingenuamente os lo confieso, señores, me tiene atribulado el ánimo la consideración de vuestras esclarecidas dotes en el saber, el recuerdo de lo que en análoga ocasión hicieron ilustrados compañeros nuestros, y, sobre todo, lo mezquino y trivial que, con buena voluntad, sí, pero con escasos recursos, puedo yo ofrecer hoy.

Mi tarea ha de consistir, insiguiendo la no interrumpida serie de visitas que con laudable acuerdo resolvió nuestra Asociación efectuar á los monumentos del arte arquitectónico que ennoblecen nuestra amada Cataluña, en elegir uno de éstos, y á su presencia dirigiros la palabra relatando los motivos que presidieron á su erección y las condiciones artísticas de su composición y estructura; tarea harto importante y difícil para mí, ya que versa hacia el arte monumental; hacia aquel arte que, llamado siempre á satisfacer las más altas necesidades morales y materiales de todos los pueblos del mundo, es tan antiguo como éste, y en páginas de piedra trasmite de generación en generación, y á través de la serie de los siglos, la historia toda de la humanidad; hacia un arte que tan conocido os es, así en sus grandes alientos como en sus grandes desventuras, profesado por todos vosotros con entrañable cariño y noble emulación, hasta el punto de hacerle preferente objeto de vuestros estudios y de vuestras más elevadas aspiraciones.

Por tales razones empecé consignando mi obligada y no

voluntaria situación, impetré vuestra hidalga benevolencia, y reclamé, además, los auxilios divinos, que espero no han de faltarme.

Bien rica es, en verdad, nuestra catalana tierra, de valioso arte monumental; que en ella implantó el romano de los antiguos tiempos sus imponentes masas pétreas, de ampliosa decoración revestidas, imagen fiel de su poderío y riqueza; que en ella las fervorosas generaciones de los primeros siglos de la edad media, enardecidas por el santo amor de Religión y Patria, levantaron sus severos y humildes monumentos cristianos de traza latina y románica, precursores de aquellas sublimes y majestuosas fábricas en el estilo ojival concebidas, que constituyen las más brillantes páginas de la historia de nuestro arte, en mal hora desdeñadas, y escarnecidas luego, por quienes ni gozaron el mérito de comprenderlas ni la inefable dicha de sentirlas; que, en fin, aquí también, en esta noble tierra, el faustoso y desordenado espíritu del renacimiento en las artes sembró, en los modernos tiempos, el variado joyel de su fantasía y delirios.

Por fortuna, pues, no me hallé obligado á espigar en campo mustio y desolado para elegir el monumento, sino en suelo fértil y de abundoso fruto, que por doquier le brinda generoso. Pero, cual se encuentra perplejo de ánimo en presencia de atractiva y rica pedrería aquél que es invitado á escoger una sola entre tantas que le atraen y embelesan, así me estaba yo, también perplejo y vacilante en la elección del monumento, entre tantos y tan preciados que se me ofrecían al paso cautivando mi espíritu.

Pensé salir de mi indecisión, que á decir verdad retívome larga fecha, optando por el que reuniera más intrínseco valor, toda vez que cuanto más rico en belleza se ostentara tanto más digno sería de vosotros, á quienes ofrecerlo debía; ob-

teniendo á la par ¿por qué no confesarlo? suplir con lo valioso de la joya el imperfecto trabajo del humilde lapidario.

Pero ni aun con tal idea logré salir de la inacción en que me hallaba envuelto; cuando, en el día 17 de enero del año actual, una voz salida de la capital ausonense vibró dulcemente en mi alma: la voz amiga del celoso y amante Pastor que en nombre de la Iglesia rige y gobierna, con tanto acierto, la sede vicense. El sabio Prelado la dirigía á todos los amantes de las glorias de la Religión y de la Patria, anunciándoles un grandioso proyecto: el de la restauración del histórico santuario de Santa María de Ripoll, que, víctima del vandalismo de los hombres y de los estragos del tiempo, llora en ruinas las pasadas grandezas que un día albergó en su seno; el de la restauración del famoso cenobio benedictino fundado en la falda del Pirineo catalán por el inmortal Wifredo *el Velloso*; para lograr que, como en mejores días, vuelva á ser, tan sagrado como desolado recinto, excelso trono de la Reina de los Cielos, cristiana y digna sepultura de nuestros esclarecidos Condes soberanos, emblema viviente y monumento conmemorativo de las inmarcesibles glorias que, combatiendo contra el musulmán y el extranjero en defensa de la Fe y de la Patria, alcanzaron nuestros ilustres progenitores, y lugar augusto donde el sacerdote católico pueda volver á inmolar diariamente la Víctima Sacrosanta que redime nuestros pecados.

Esta voz, mensajera de santo amor y de noble entusiasmo, halló gratísimo eco en los corazones de todos los buenos hijos de Cataluña, que presto volaron á unirse con el venerable Prelado para secundarle en tan loable empresa: en mí resolvió, además, la elección del monumento.

Y aquí le tenéis ante nuestra vista. Pero los ojos apartad conmigo de sus luctuosas ruinas, y contemplémosle vuelto á los tiempos de su esplendor y gloria.

Es hijo de buena madre. Nació de aquella civilización cristiana entera y valiente en el cumplimiento de sus arduas y santas empresas; resignada, no vencida, en sus contrariedades

é infortunios; comedida y pudorosa en los días del triunfo; sabia y leal en sus preceptos y enseñanzas; toda claridad, toda luz, toda verdad, toda belleza. De aquella civilización cuyo aliento se meció siempre en las elevadas cumbres de la realidad idealizada, y que, si de lo terreno y material aprovechóse para decoroso mantenimiento de su cuerpo, ejercitó su energía y su acción para más altas regiones: para aquellas en que la realidad es vida verdadera, y el goce de esta vida beatitud eterna.

Y, á la par del monumento cristiano, de ella también nació el héroe de la edad media, sometido de corazón á Dios y celoso del bien de su patria; de severo y fuerte continente; llano sin rebajamientos; audaz sin ruindades; galante y obsequioso hacia la terrena hermosura, que, si enamorado la contempla y ansía, no es para mancharla en brutal deleite ni en estúpida sensualidad, sino para adornar con ella el templo de sus púdicos amores.

¡De tal civilización así nacieron sus héroes y así fueron sus monumentos!

No desmiente su raza el erigido en este lugar. Fuélo para satisfacer una necesidad del orden religioso [y social, y para enaltecer un alto principio de moralidad y de virtud cívica, entrando por ahí á ser bello; ya que, si no constituye exclusivo criterio de la artística belleza lo bueno, lo moral, cabe en la esfera de lo bello lo que no es indiferente á la moral, y bien podría añadir sólo lo que no le es indiferente.

Invocando el nombre santo de María, los esforzados cristianos de esta comarca, lanzados á la lucha, habían vencido á la morisma, logrando arrojarla de la vejada patria, acaudillados por el insigne Wifredo; y proclamado éste Conde soberano de Ausona, resuelve dar público y solemne testimonio de gratitud al Dios de las batallas por el favor recibido, y señalar perennemente la hazaña de la gloriosa reconquista é independencia del Condado erigiendo en el centro de este hermoso valle, teatro de las primeras victorias conseguidas, un templo á la Divinidad y un monumento á la Patria.

Este templo había de recordar, además, el humilde cenobio que en el propio lugar del valle había instituido, al finalizar el siglo VI, el primer rey católico de España Recaredo I, mejorado y agrandado luego por el duque godo Recemiro en 626, reinando Suintila, hijo menor de aquél; destruído más adelante, en 718, por los fieros sectarios del Corán; reedificado en el propio siglo VIII por el gran Carlomagno y su buen hijo Luis; destruído, finalmente, otra vez, por la morisma, en el año 814, fecha de la más terrible de sus irrupciones.

Obra de amor fué la nueva construcción del templo, y en ella puso toda su actividad el piadoso Wifredo, y su amada esposa Winidilde cuantioso tesoro; llevando ambos á término tan noble y cristiana empresa en el espacio de cinco años. Así que el fausto día 20 de abril del año 888 presidió la solemnísima dedicación de la iglesia, que hizo entre magnates y plebeyos, con gran fiesta y regocijo, el primer Obispo de Vich, Godmaro, prelado insigne, de grata recordación.

Bien pronto, fervorosos cenobitas de la regla de San Benito, como abejas á panal de miel, acudieron al nuevo santuario para cantar himnos al Señor y celebrar su memoria sacrosanta, para hacer con Él alianza por medio de los sacrificios. Así el templo del Dios vivo se rodeó de seres que hicieron voto de adorarle continuamente en actos de culto y penitencia; así el monumento quedó convertido en monasterio. Por este nombre le conoce el mundo, y para tan elevados fines gozó de existencia.

Había en él dos moradas. La del Altísimo, presente en el adorable Sacramento del Altar, regia, augusta, pacífica, serena y atractiva, convidando al silencio, al recogimiento y á la oración. Dios en el altar; en la nave el hombre; en preferente lugar de ésta, el coro, donde los humildes sacerdotes consagrados al servicio divino le entonan cántigas sagradas; en más humilde sitio los fieles, justos y pecadores, ricos y pobres, magnates y plebeyos, fundiéndose todo y todos en estrecho abrazo de amor: el altar y la nave, el Criador y la criatura, Dios y el

hombre. Esta morada tenía dos puertas: la del mundo y la del claustro. Aquélla, la puerta del pecado, abierta para redimir á cuantos trasponen sus umbrales con el dolor de haberlo cometido; ésta, la de los que, dejando los efímeros deleites y las terrenas pompas, penetran por ella para fortificarse en el Señor.

La segunda morada al lado de la primera. «Junto al nido del Amado labraré mi nido,» dice á Dios el alma enamorada del Cielo, y así se hizo aquí. Esta morada es el huerto cerrado de los que cultivan para el Señor y esparcen sus aromas por todo el mundo; es la mansión de aquellos que entran por la puerta del Claustro; en ella se recogen los humildes sacerdotes de las cántigas sagradas, cada uno en su nido, que sólo los reúne el templo y los actos de comunidad.

Estos monjes benedictinos, en tal lugar albergados, no fueron, no, espíritus apocados ni pobres visionarios, como pretende el mundo: ¿qué sabe el mundo de monjes y de conventos? Fueron almas selectas, ricas en virtudes, que, si congregadas en apacible retiro buscaban á Dios por el camino más encumbrado y perfecto, no olvidaron jamás su misión de evangelizar los pueblos y proporcionarles con el alimento del alma la ilustración de su entendimiento, conduciéndoles, con paso firme y seguro, por el camino del verdadero progreso.

A buen seguro que, si los habitantes de Ripoll contemporáneos á la constitución del cenobio benedictino, y los que más adelante fueron sucediéndoles, cual otros Lázaros pudieran volver á la vida, con elocuente voz nos dirían los estimables beneficios que de los monjes recibieron; pues lo que fué humilde caserío bien pronto se convirtió en animada aldea, que, medrando siempre bajo la sombra protectora del santo monasterio, pasó á constituir populosa é importante población, gloriosa y celebrada por los insignes varones que albergó en su seno, por los tesoros artísticos, científicos y literarios que poseía, y por ser panteón ilustre de nuestros soberanos Condes.

Mas, ya que ellos no puedan decírnoslo, oigámoslo de un hombre de nuestros días, famoso por las verdades que se esca-

pan de sus labios en los momentos en que la pasión política le abandona. Sus elocuentes palabras y su conocido nombre están escritos en los muros de este claustro. Dicen así: «Real Santuario de Santa María de Ripoll, primer recuerdo monumental de la Reconquista.—Panteón de los soberanos de Cataluña, cuidado por el monasterio de benedictinos desde 873 á 1835.—Fueron los monasterios benedictinos reductos donde se estrelló la ola de la barbarie; arcas donde se salvaron los gérmenes de la civilización; luminarias encendidas en medio de la espesa ignorancia; Sinaís que alumbraron el mundo moderno naciente; Calvarios que nos redimieron de la servidumbre; cenáculos de donde marcharon, sin otras armas que su palabra, las misiones del cristianismo á bautizar las tribus del norte y á sembrar con las ideas evangélicas las semillas de la libertad.—Emilio Castelar.» ¡Magnífica pintura! Y no es aquí *León el pintor*.

Ahora bien: ¿qué suerte le cupo en lo sucesivo á la insigne obra de Wifredo? Las crónicas abaciales refieren que, á poco tardar, fué indispensable conceder mayor holgura á la iglesia y al cenobio, tanto creció la población y tanto fué el número de los que con el deseo de la perfección monástica acudieron de varias partes á buscar albergue en el Monasterio; empresa que llevó á cabo Enego, sucesor de Daniel en la prelación, dando lugar, en el año 935, á la segunda dedicación del templo por Jorge, Obispo de Vich, á la que asistieron los condes hermanos Rodulfo, Obispo de Urgel, Sunyer, Conde de Barcelona y de Ausona; Emmón, Abadesa del cercano Ripollet, con sus sobrinos Mirón de Cerdaña y Borrell, hijo de Seniofredo, Conde de Urgel, con otras personas principales y numeroso pueblo.

Más adelante, en 948, el sucesor de Enego, Arnulfo, rodeó con recia muralla y fuertes torreones el recinto del Monasterio, fabricó viviendas para mayor número de monjes, erigió un claustro (reedificado en el siglo XII) junto al santuario, levantó nuevas dependencias y oficinas de la Abadía, estableció un molino hidráulico y una acequia, y aun quiso levantar de nueva

planta la iglesia para darle mayor capacidad; lo que no pudo llevar á término en razón de haberle sobrecogido la muerte en el día 19 de abril del año 970.

Esta tarea emprendió Witislo al sucederle, en la que no cejó hasta dejar cerradas las bóvedas del nuevo templo, más espacioso que el anterior, y de alta y esbelta construcción. Y, presidida por el propio Witislo, hízose la ceremonia de la tercera dedicación en el día 15 de noviembre del año 977; consagrando la iglesia recién construída los obispos Fruia y Mirón, que ocupaban respectivamente las sedes de Vich y de Gerona.

Sin nueva reforma, pero progresando siempre el cenobio benedictino, tanto que en tiempo del citado Witislo el archivo del Monasterio estaba enriquecido con más de sesenta y seis códices, todos notables por las materias que trataban y por la riqueza y primores de su confección; llegó, pasando por Seniofredo, inmediato sucesor de Witislo, al glorioso prelado del grande Oliva, que se inauguró, el día 4 de julio del año 1808, por aclamación unánime de los monjes y contentamiento de toda la población.

Dos años antes de recibir tal honor, Oliva, conde y mozo, —contaba unos 33 años,—hijo del protector de Witislo y heredero de los estados de su padre, en los que con Bernardó Tallafarro conreina; movido por impulso de la Gracia Divina, dejando las pompas y dignidades del siglo, habíase presentado á los umbrales del Monasterio y pedido humildemente que se dignasen admitirle en el número de sus hermanos monjes, hecho que llenó de gran regocijo á la santa comunidad, ya que al recibirle recibía en su seno al biznieto de Wifredo *el Velloso* y nieto del piadoso Mirón; al hijo del buen conde Oliva Cabreta.

Ya Abad, y Obispo de Vich en 1018, asombró como hombre extraordinario por su virtud, por su ciencia y por sus obras inmortales, durante el largo período de treinta y ocho años que duró su gobierno, en el que supo conquistar de sus con-

temporáneos tan alto aprecio, que le estimaron como sabio profundo y santo cenobita, como obispo ejemplar y sol refulgente á cuyo calor y luz germinaron lozanas virtudes, artes y ciencias.

Este hombre ilustre concibió la idea de reconstruir el templo.

Dotado de conocimientos universales, y teniéndolos especiales en arquitectura, pensó, dirigió y realizó la gran basílica de su nombre, ante cuyas ruinas nos hallamos, y de la cual es parte, y parte interesantísima, esa bella portada, que cautiva todas las miradas y no tiene rival entre las de los monumentos de su época, ni entre las que ostentaron todos los del período románico más adelante; que ha sido llamada, con razón, *Arco de triunfo al Catolicismo*, y cantada, con elevado estro, por el más ilustre de nuestros poetas catalanes, el laureado sacerdote Mosen Jacinto Verdaguer, en la hermosa leyenda titulada *Canigó*:

—Miraula aquí,—los diu; y la Portada
contemplan per son geni dibuixada;
l' història de la santa religió
en pedra escrita per la mà de Roma:
una croça de bisbe n' es la ploma,
n' es lo paper un flanch de Canigó.

.
.
Té son arch de triomf lo cristianisme:
al rompre 'l jou feixuch del mahometisme,
Catalunya l' aixeca á Jesucrist.
Qui passará per sota aqueixa arcada
bé podrá dir que, en síntesis sagrada,
lo món, lo temps y eternitat ha vist.

Sí: en esta riquísima portada está sintetizado el mundo, el tiempo y la eternidad, en tosco relieve y ruda ejecución; pero entrañando la composición escultórica sublimes enseñanzas, veladas por misterioso simbolismo, de la más elevada de

las ciencias, de aquella que nos revela nuestro origen, nuestra naturaleza y nuestro destino.

Ved, en lo alto, al Cordero inmaculado, majestuosamente sentado en su trono y con el libro de los siete sellos que han de revelar el porvenir, hacia el cual dirige la mano izquierda señalándolo al espectador, y con la diestra levantada en actitud de quien dice: «Mirad,» rodeado de querubines cernidos en vaporosas nubes, y á presencia de un ángel, un águila, un león y un toro alado, que forman parte de la composición con veinticuatro otras figuras que ostentan en sus manos el cáliz santo y la melodiosa lira, presidiendo en el centro de la portada y evocando el recuerdo de los ángeles, de los evangelistas y de los veinticuatro ancianos del Apocalipsis en el acto de ensalzar al que ha sido digno de abrir los siete sellos con este *Cántico nuevo*: «Digno eres, Señor, de recibir el libro y abrir sus sellos, pues fuiste santificado y con tu sangre redimiste para Dios á los hombres de toda tribu, lengua y nación.» Hermoso simil del Cielo y del porvenir de la Iglesia.

Por análogo é interesante modo desenvuélvense, en cada una de las siete secciones ó compartimientos en que puede subdividirse el conjunto de la composición que se contiene en la parte rectangular de la portada, asuntos tan importantes cual el de *La visión beatífica*, de aquella multitud de justos, que nadie podía contar; apóstoles, mártires, confesores, doctores, vírgenes, sacerdotes y profetas; el de *La asistencia y bondad de Dios hacia sus escogidos*, donde campean las cuatro grandes figuras de Moisés y Elías, David y Salomón, testigos los dos primeros de la trasfiguración de Jesús, y los dos últimos representando su linaje y su gloria. Observad en los cinco retablos de la derecha representada la liberación de los israelitas perseguidos por Faraón en el paso del mar Rojo, su mantenimiento con el maná en las escaseces del desierto, las bandadas de codornices llenando sus campamentos, la peña de Horeb abierta al contacto de la vara de Moisés, arrojando cristalinas aguas que apagan la sed del pueblo sediento que tu-

multuosamente las pedía; y en los cinco retablos de la izquierda descubriréis el sueño y el juicio de Salomón, el triunfo de Mardoqueo, la ruina de Amán (?) y el carro de fuego en que Elías es arrebatado al Cielo; el de *La eficacia de la plegaria*, representado por el ejército de Amalech luchando contra los israelitas en Rafidin, descollando Moisés, que con las manos levantadas á lo alto, sostenidas por Aarón y Hur, sostiene él, por tal actitud de súplica al Señor, la lucha y victoria del pueblo escogido; por el asedio de Jericó, en que aparecen los sacerdotes con trompetas, acompañando el Arca y el ángel príncipe de los ejércitos de Dios, con la espada desnuda, presentándose á Josué para auxiliarle en la lucha; el de *La alabanza á Dios*, simbolizado por medio de cinco grandes figuras de músicos tocando la flauta, el cuerno, la campana y el violín; un leopardo con esquilón al cuello, brincando de placer en unión de otras dos fieras que tiene debajo; otras cinco figuras representando las diferentes clases sociales, el estado civil y el eclesiástico: aquél por un conde y dos escuderos; éste por un obispo y un monje; y en medio de la composición descollando la figura del santo rey David, que parece decirles: «Alabad al Señor todas las gentes; alabadle todos los pueblos;» y bien puede y debe alabarle aquella alma que, formando parte del asunto, aparece sepultada en un lecho de llamas, imagen del Purgatorio, y tendiendo la mano á un ángel, que le presta auxilio, la trasporta á la mansión de los justos, confirmándose en ella la misericordia del Señor, y es allí recibida por Dios uno y trino, Santísima Trinidad simbolizada en un anciano que encubre delante de sí á tres personas.

Prescindo, señores, por no seros molesto, de reseñar otras alegorías contenidas en esta sin par portada, y se refieren ora á los premios y castigos, ora al combate constante, mientras aquí vivimos, de las pasiones desordenadas contra la razón, y de ésta contra aquéllas, con las consecuencias legítimas de su alternativo vencimiento. Sin embargo, no puedo menos de señalaros, no referiros, las escenas que se contienen

en las siete arcuaciones del vano que constituye la puerta de ingreso al templo, y llamar vuestra ilustrada atención hacia las columnas de rica labor que las apean, dos de estas sustituidas con las estatuas de San Pedro y San Pablo, verdaderas columnas de nuestra Iglesia santa, que en tal lugar colocadas recuerdan aquellas otras memorables de la puerta del templo de Salomón, llamadas *Jaquín* y *Booz*, que con altísimo significado expresaban una consoladora esperanza. *Él consolidará.—En Él está la fuerza.* Estabilidad y firmeza son de la iglesia católica los dos santos apóstoles Pedro y Pablo.

¡¡ Decidme ahora si sabéis de otro monumento que ostente en su noble frente corona de más valía !!

Digno de la portada fué el templo. El ilustrado historiador del cenobio ripollense D. José M.^a Pellicer y Pagés, en la memoria descriptiva de este célebre monumento, que dió á luz en 1872, de la cual he sacado para el presente trabajo curiosísimas noticias, basado en los datos que le prestaron las ruinas y en los documentos coetáneos á la erección del templo de Oliva, lo describe con las siguientes frases: «Levantólo Oliva en la parte inferior de la vertiente de San Roque, terrapleando, con inmenso trabajo, la loma, y arrasando para el logro de su grandiosa idea las construcciones anteriores (a). El templo, una vez concluído, fué sencillo y majestuoso á la par. Recorrámosle, y describámosle según los datos que nos prestan sus ruinas y los documentos coetáneos á su erección (b).

»Grandes arcadas, cerradas con verjas de hierro, preceden á la antigua galilea (llamada por los monjes *porxos de la Mare de Deu*), ocupando su fondo la portada,—grandioso arco de

(a) «*Omne superpositum eiusdem Ecclesie* (dice el acta de la cuarta dedicación) *solo tenus coequavit.*» Por no tener esto presente Villanueva y los autores de *Las Bellezas y recuerdos de España*, á quienes sigue J. M. Iguren, se imaginaron equivocadamente ver en el Monasterio restos de las construcciones de Wifredo, Arnulfo y Witislo. Todo es posterior á Oliva: sólo son de época más remota las construcciones bizantinas de San Pedro.

(b) Para evitar repeticiones, describimos el templo de Oliva tal como se hallaba antes del terremoto del siglo xv.



triunfo al Catolicismo,—y contándose á uno y otro lado seis sarcófagos, que pensamos ser de los seis primeros abades. La portada remata en un bellissimo rosón historiado; á la derecha de la misma se admira la prismática torre cuadrangular, con veinticuatro ventanales, destinada á campanario; y á la izquierda aparecen los arranques de otra simétrica torre, cuya construcción se quedó en proyecto. El plano del templo forma una cruz latina; su parte transversal, de 40 metros, determina el crucero, en cuyo punto medio se eleva resplandeciente un esbelto cimborium de oro, cuajado de carbunclos y otras piedras preciosas (a). Al artífice Arnaldo se debe el intencionado mosaico del presbiterio, en el que presidió la feliz idea de simbolizar Ripoll debajo las bóvedas del cenobio y ante la veneranda imagen de Santa María, para lo cual esmaltó el pavimento con figuras de delfines, emblema de los ríos, y fijó varias pinturas de gallos en medio de caprichosos follajes de forma circular. Con esto, en corto espacio, las bóvedas, el altar y el mosaico anunciaban á los fieles que se encontraban en el cenobio de Santa María de *Riu-poll*. El nombre ARNALDUS se lee perpendicularmente á la izquierda del mosaico. Adornan ambos lados del presbiterio tres altares abovedados, practicados en el muro.

»La parte longitudinal del templo mide 60 metros. Contiene cinco naves, de 8 metros de latitud la del centro, y de 4 cada una de las colaterales. Todas las bóvedas son de cañón, estribando la principal en dos firmes muros, apoyados en diez y seis gigantes cas arcadas, que ponen en comunicación las cinco naves. En la parte superior del muro, una sencilla y severa galería, que circunda la nave principal, modifica místicamente la luz con cristales historiados. Las naves colaterales, separadas entre sí, parte por machones, parte por columnas, terminan

(a) El cimborium de Santa María era muy parecido al que Arnaldo de Soler regaló á la catedral de Gerona; sólo que el de Ripoll era más precioso. El oro en él invertido pesaba 15 marcos, y un documento del archivo enumeraba minuciosamente sus piedras preciosas.

su elevación en la base de la galería que proporciona misteriosa luz al sagrado recinto.

»Las paredes están atestadas de versículos bíblicos; los altares pocos; las pinturas varias y ricas; y las sagradas reliquias, guardadas en cuatro arquillas cubiertas de plata dorada y depositadas en el ara, son tantas que, según expresión de un monje del siglo XI, el cuerpo íntegro de un hombre no equivaldría á su número. Tal era el templo de Oliva.»

Ya veis, señores, que, á un valor histórico de subido interés, el templo cuya descripción acabáis de oír y cuya restauración, Dios mediante, verán nuestros días, junta otro valor artístico de singular importancia.

Ejemplar interesante de un estilo arquitectónico que nació con nuestra fe religiosa y con nuestra independencia patria, producto genuino de nuestros conocimientos y de nuestros recursos, ofrécenos, á la par de una capacidad de área en que pocos de su género le igualan, una bellísima muestra de adecuada é ingenua disposición de partes, de sencilla y sólida estructura, de varonil belleza y atractivo. La unidad de pensamiento en su concepción, la de material en su formación, y la del principio mecánico en su estabilidad, irguieron, con una sencillez de medios que encanta, la pétrea masa de sus robustos muros y abovedadas techumbres; lanzaron á lo alto las dos soberbias torres campanarios de gigantesca talla, erigidas en el frontispicio custodiando la portada de ingreso; señalaron la inmisión de los brazos de la cruz, lugar augusto del Ara santa, con valiente cúpula de base octogonal; y bordearon exteriormente la nave del crucero, región posterior del templo, colocando á lo largo del extenso muro que la limita, coronado por severa galería, siete cuerpos avanzados, con predominio del central por su mayor diámetro y altura, que, formando en el interior del templo las siete capillas absidales del crucero, aparecen al exterior del mismo cual siete fuertes torreones circulares que le defienden y amparan.

Casa de paz y de combate semeja esta majestuosa é impo-

nente fábrica monumental, á la manera de aquellos obispos del tiempo de la reconquista, ministros de la paz y de la guerra, que con su báculo amoroso señalaban á los pueblos el apacible camino de la fe cristiana, y con su espada victoriosa los presidían en los sangrientos campos de batalla, donde luchaban por la independencia de la patria.

Hízose la dedicación de este templo en el día 15 de enero del año 1032, terminadas que fueron las obras, que sin interrupción vinieron ejecutándose durante un plazo de más de dos años.

Omitiré, por no alargar inconsideradamente el discurso, referiros lo solemnísimo de la fiesta y el entusiasmo religioso que llevó á ella prelados y magnates, ricos y plebeyos de todas las comarcas catalanas; ciñéndome á consignar las vicisitudes que en el decurso de los tiempos sucesivos sufrió la fábrica del Monasterio y la renombrada basílica del grande Oliva.

Los abades que le sucedieron mejoraron el cenobio construyendo nuevas habitaciones para nuevos monjes y el palacio abacial, con su capilla y biblioteca; pero su trabajo más importante, bajo el punto de vista artístico, es la construcción del actual claustro, cuya grandiosidad y primores hácenle competir, si no superar, á los más afamados de su época; obra digna de figurar al lado de la hermosa basílica.

Sustituyendo al pequeño claustro que el piadoso Arnulfo hiciera levantar á mediados del siglo X, inauguróse, al finalizar el XII, durante la prelación de Raimundo de Berga, con el lienzo ó galería adosada al templo, y prosiguióse, con más ó menos largas interrupciones, hasta mediados del siglo XV, en que se dejó totalmente finalizado.

Algo más bajo de nivel que el suelo de la iglesia, adosado á sus muros y sujeto á una vasta planta de figura trapezoidal, consta de cuatro galerías ó pórticos, que se repiten en dos cuerpos superpuestos, conteniendo en total cuatrocientas cuarenta columnas, de bruñido jaspe morado las del cuerpo bajo, y de piedra dura con pulimento las del superior. Pareadas las

columnas en ambos cuerpos y descansando sobre un basamento que presta oficios de pretil, sostienen directamente, sobre el abaco de sus ricos capiteles, bellísimas arcuaciones de medio punto en que apoyan los muros que reciben el policromado y espléndido artesonado de las dos techumbres.

Bien se nota, desde luego, en las formas decorativas y ornamentales con que este claustro se muestra, las varias épocas y estilos diversos que presidieron á su formación, rompiendo la unidad de conjunto, particularmente y por modo más tangible entre el cuerpo bajo y el superior: aquél ostentando el estilo románico del siglo XII, y éste el ojival del XIV; bien que, con laudable acuerdo por parte del artista que construyó el último, impere el arco circular en las arcuaciones que estableció, y no el apuntado, propio del estilo.

Si lo dicho fuere defecto en tan precioso claustro, de buena gana lo perdona y olvida el espectador, atraído por la singular belleza y exquisito gusto con que están tratados los capiteles y abacos de las columnas del cuerpo inferior, desarrollando interesantes escenas: ora de pura imaginería, engalanadas, ya de la hoja de acanto, ya de la flora y fauna de la comarca, con inusitada variedad en cada columna; ora mitológicas y fabulosas, entre las que, como más notables, se cuentan: la hazaña de San Jorge, dando muerte al dragón, y la princesa suplicante; la navegación de Ulises cautelándose de las sirenas, Neptuno y las náyades, la fábula del león cazando; ora de asunto bíblico, como la muerte de Jesús, la Virgen con atributos de la letanía Lauretana, grupo de guerreros con el lema: *Ecce acies sancti Joannis Baptiste*; el purgatorio, simbolizado por enorme caimán que se traga las almas, esforzándose un ángel en liberarlas; el pastor guardando el rebaño acechado por hambriento lobo; dos fieras encadenando á un hombre y un hombre encadenando á dos fieras,—atinado simbolismo: éste de la razón venciendo á las pasiones, y aquél de las pasiones sometiendo á la razón;—el pelícano alimentando con su propia sangre á sus hijuelos,—hermoso símil de nuestra restauración y repa-

ración por la generosa sangre del amantísimo y divino Jesús;— con otros pasajes de singular atractivo que deleitan á la par que instruyen, y hacen del renombrado claustro, que por suerte dichosa se ha conservado de entre las ruinas del cenobio, página admirable de sabiduría y de arte monumental.

Posteriores á Oliva y á su basílica son también las cuatro arcadas que introducen á la antigua galilea del templo, dando lugar al atrio que le precede. Construyólas el esclarecido abad Raimundo de Vilaregut en los primeros años del siglo XIV, con el laudable intento, quizá, de prevenir el temido deterioro de la bellísima portada; pero afeando, á mi entender, el conjunto de la grandiosa fachada, que dejó en parte oculta debajo del cobertizo del pórtico.

Respetada en lo sucesivo, y sin ulteriores innovaciones, la portentosa fábrica del Monasterio, hubiera llegado incólume hasta nuestros días. La Providencia tenía lo, sin embargo, dispuesto de otra suerte. El 2 de febrero del año 1429, siendo abad Dalmacio de Cartellá, sufrió Ripoll los estragos de horrible terremoto, que los hizo grandes é irreparables en el cenobio, hundiendo la bóveda principal de la iglesia, desplomando parte del claustro y destruyendo muchas habitaciones de los monjes. Al relatar la crónica los efectos de tal terremoto, que coincidió con los que sufrieron las poblaciones de Olot, Camprodón y Puigcerdá, añade: *et fuerunt magnæ angustia in monasterio.*

Sí: grande aflicción debieron sentir los piadosos cenobitas en tan luctuosa catástrofe; mas el Señor, que no desampara á los caídos, y aun en sus rigores nos da, con el castigo que purifica, medios providenciales para levantarnos de nuevo, obró un prodigio en favor de los doloridos monjes, proporcionándonos recursos materiales con que reponer lo destruído. Uno de ellos, ocupado en la reparación de su morada, halló inopinadamente gran cantidad de florines, cuidadosamente ocultos y hasta entonces de toda la Comunidad ignorados; hallazgo feliz con que ésta pudo emprender la ejecución de las obras que debían realizarse.

Dejéronse, para más adelante, las que exigía el claustro, y se practicaron del 1510 al 17, acometiendo, desde luego, las del templo; que, no circunscritas, por desgracia, á la estricta reposición de lo destruído, y pretendiéndose conseguir mayor magnificencia adoptando el gusto ojival, á la sazón soberanamente imperante,—siglo xv;—dió lugar al anacronismo de revestir con las formas decorativas propias de este estilo la estructura románica de la planta, alzado y demás partes de la antigua fábrica del templo. Conserváronse, sí, las cinco naves, pero abovedándolas con el auxilio de arcos ojivos ó diagonales, cuyos empujes, malamente resistidos por los muros, fueron la causa principal, aunque remota, de la ruina que, constituída incipientemente de momento, obró más tarde sus naturales efectos.

La hora de la decadencia había ya sonado para el Monasterio en el reloj de los tiempos. Pocos años habían trascurrido desde el de la catástrofe del terremoto, y nuevos infortunios vinieron á contristar la población y sus monjes.

El riquísimo cimborio del crucero, espléndida donación del obispo Oliva, fué objeto de robo sacrílego por parte de los ministros del rey D. Juan II; varios códices preciosos se extrajeron fraudulentamente del archivo, sufriendo igual suerte otras preciosidades artísticas que poseía el Monasterio; la autoridad eclesiástica que ejercía el Abad, si no extinguida, quedó notoriamente mermada, y la civil poco menos que abolida; y, para cúmulo de males, empobrecidos los monjes y el templo necesitado de costosas reparaciones.

Tal decadencia, más ó menos contenida en lo sucesivo por los preclaros varones que rigieron el cenobio, dejóle, sin embargo, en anémico estado para poder entrar de nuevo en las vías de robustecimiento y pujanza anteriormente recorridas.

No obstante, en 1728, durante el gobierno del célebre abad Félix de Vilaplana, llamado por antonomasia *la quinta esencia de los abades*, hombre enérgico y activo, prelado virtuoso y prudente, varón docto en cánones, y muy concedor de cien-

cias y artes, que, con ejemplar tesón, supo defender los derechos y prerogativas del Monasterio contra los que sañudamente los atacaban; aun conservábanse la mayor parte de las construcciones establecidas en anteriores tiempos, como tendréis ocasión de conocer por el facsímile del plano del Monasterio que, por disposición del citado Abad fué levantado, y que conserva cuidadosamente la Comisión de monumentos de la provincia de Gerona; alcanzando, por tal conocimiento, el de la importancia monumental y religiosa que tuvo el cenobio benedictino.

Al intento de molestaros el menor tiempo posible, omito reseñar las depredaciones que experimentó desde la época de Vilaplana, y los irreparables daños que se le infringieron por las tropas francesas que en el año 1794 ocuparon por espacio de ocho días esta villa de Ripoll, entre los cuales es de lamentar, principalmente, el saqueo y profanación del sepulcro de los Berengueres; para fijarme, desde luego, en la última y más trascendental, respecto de nuestro arte, de las innovaciones que fué recibiendo, desde la época de su erección, la famosa basílica del egregio Oliva.

Para contener la ruina que se inició en el templo á consecuencia de la trasformación á que se le sujetó en la época ojival, ruina que, á la sazón, envolvía un carácter de inminencia necesitado de pronto y eficaz correctivo, el último de los Abades, Francisco de Portella y de Monteagudo, en el año 1827, determinó practicar una importante reforma, consistente en reducir á una nave las dos de cada lado de la central, suprimiendo al efecto la línea de pilares y columnas que establecían el dualismo de las naves laterales, y en reforzar los muros del perímetro con el auxilio de contrafuertes salientes hacia lo interno de la iglesia, para atender convenientemente á la estabilidad de la nueva fábrica de techumbres. Con ello se consiguió dejar más despejado el templo, proporcionarle mayor caudal de luz, y además establecer una serie de altares en los espacios contenidos entre los contrafuertes.

Si esta reforma atendió debidamente á la estabilidad del edificio, menoscabada de antiguo, no por igual modo satisfizo las conveniencias estéticas que ésta requería, ya que las innovaciones practicadas se decoraron y ornamentaron al estilo del Renacimiento, á la sazón imperante, quebrantando la unidad del conjunto, por demás alterada con la reforma de que fué objeto en el siglo xv.

Nada resta hoy en pie de esta exótica restauración, hecha con material de baja estofa, como no sea los miembros que mutiló, aun en tal estado más importantes y apreciables que ella, pertenecientes á la primitiva construcción románica y á la reforma operada en el período ojival, que, sea dicho de paso, y en honor suyo, si pecó de inconsiderada y audaz atentando á la unidad del estilo y á la solidez del edificio, nos legó, sin embargo, magníficos ejemplares decorativos y ornamentales dignos de recogerse y mostrarse en un museo de arte monumental.

En tal estado permaneció la iglesia de Oliva y el monasterio benedictino hasta el fatal día 9 de agosto de 1835, en que nuestras discordias civiles convirtieronlos en pasto de las llamas, ahuyentando los monjes, y desapareciendo con ellos preciados tesoros de arte y de ciencia, unos entre las llamas y otros entre manos amadoras de lo ajeno. Y ¡terrible contraste! El saqueo, incendio y destrucción del venerando cenobio coincide, día por día y novecientos treinta y siete años después, con el piadoso triduo en que murió y recibió de manos de los monjes cristiana sepultura, en el claustro del mismo, el inmortal restaurador de nuestra patria el héroe de la bien llamada *Covadonga catalana*, el gran Wifredo *el Velloso*.

Mas no paró todo aquí. El culpable abandono en que se dejó al cenobio á partir de tan dolorosa catástrofe, por una parte, y por otra la negra codicia de los que directa é indirectamente contribuyeron á producir aquélla, acrecentó desmedidamente la ruina, hasta ponerla en el estado lastimoso que presenta hoy. Y si la honrada y noble indignación que se

suscitó más tarde en el pecho de varones ilustres amantes del arte y celosos de la dignidad de su patria, y en el de dignísimos individuos de nuestras Academias de Bellas Artes, no hubiera levantado unánime su voz contra tanta dilapidación y atropello como iba sucediéndose, ni aun rastro quedara actualmente de lo que fué, en más venturosos días, admiración y encanto de propios y extraños.

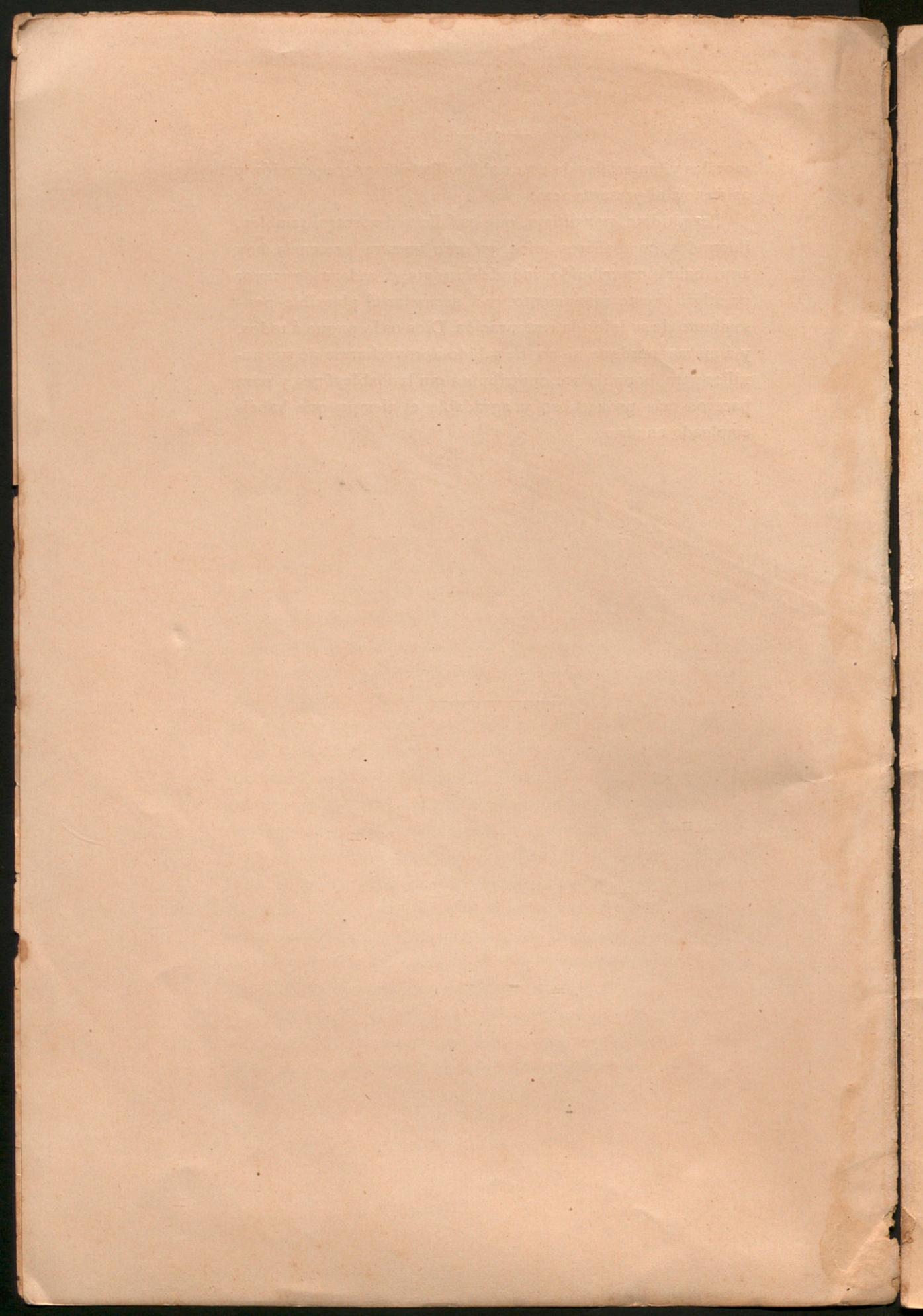
Hora es de concluir; y, pensándolo bien, juzgo, señores, que en este punto debe quedar terminada mi narración. Por ella, por los importantes y elocuentes restos de la derruida fábrica que habéis contemplado, y, más que todo esto, con vuestra notoria competencia, os halláis ya en estado de poder formar claro concepto del monumento que me cupo el honor de presentaros, y de otorgarle el valor artístico é histórico que en buena ley le pertenezca. No tengo, pues, derecho á molestaros un momento más.

Pero, al concluir, permitidme que, en vuestro nombre y en el mío, rinda un justo tributo de admiración y de gratitud al bondadoso y sabio Obispo de Vich, Dr. D. José Morgades y Gili, representado en este acto por el ilustrado sacerdote D. Jaime Collell, canónigo de la sede vicense y poeta distinguido: de gratitud, por la benevolencia y apoyo que ha concedido á la presente excursión, y por la dignísima representación que ha querido tener en ella; de admiración, por la ardua empresa que ha emprendido, y que con la ayuda de Dios llevará á feliz remate, de levantar de sus ruinas este monumento de nuestra fe y de nuestro arte. Nosotros no olvidaremos jamás, así no lo olvidare nadie, que otra vez la Iglesia y siempre la Iglesia es quien con mano bienhechora restaura todas las ruinas y colma nuestras más nobles afecciones.

Permitidme, también, que, interpretando vuestro deseo, dé un cumplido voto de gracias á las dignísimas autoridades locales, eclesiástica y civil, celosos representantes de los intereses

morales y materiales de esta noble villa, por su cooperación y asistencia al presente acto.

Permitidme, por último, que os felicite á vosotros también, ilustrados compañeros míos, ya que vuestra presencia hoy aquí habrá contribuído, indudablemente, á rodear de mayor prestigio á este monumento, y á secundar el plausible pensamiento de su iniciada restauración. Dios os lo pague á todos, y á mí me perdone si no he sabido aprovecharme de sus auxilios para, por mi parte, contribuir á tan laudables fines, y para hacer os más provechoso y agradable el tiempo que habéis empleado en oirme.



FACSIMILE

DEL

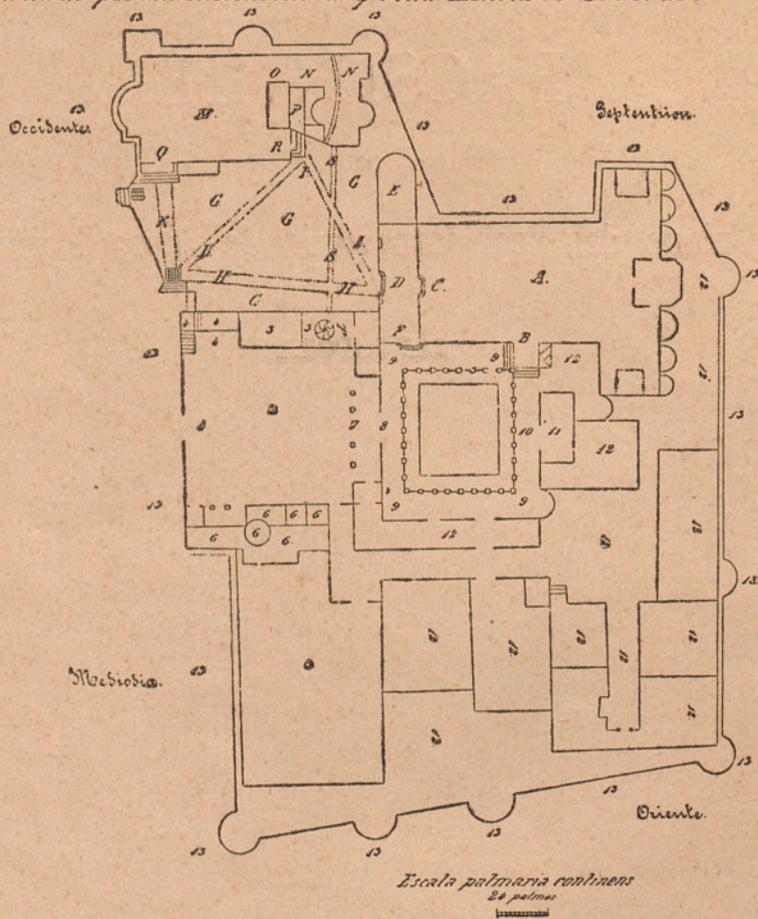
plano del Real Monasterio de Santa María

DE RIPOLL

FACSIMILE

del

*plano del Real Monasterio de Santa Maria de Ripoll
levantado en 1788 rigiendo el monasterio el celebre Abad Felix de Vilaplana
llamado por autonomastia "la quinta esencia de los abades."*



EXPLICACIÓN DEL PLANO TRADUCIDO DEL LATÍN

(EN CUYA LENGUA ESTÁ EN EL ORIGINAL)

- A. Iglesia del Monasterio.
- B. Puerta menor de la iglesia del Monasterio en el ángulo del claustro.
- C. Puerta mayor de la iglesia del Monasterio que mira al único cementerio.
- D. Pórtico de la iglesia del Monasterio.
- E. Capilla de San Vicente, situada dentro de dicho pórtico.
- F. Puerta por la que se va desde dicho pórtico al claustro.
- G. Cementerio único, por el cual se va desde la iglesia del Monasterio á la iglesia de San Pedro, y desde la villa á ambas iglesias, sin que el pueblo pueda entrar por otra parte.
- H. Camino por el cual se va desde la villa á la puerta mayor de la iglesia del Monasterio.
- I. Camino por el cual se va desde la iglesia del Monasterio á la de San Pedro.
- K. Camino por el cual se va desde la villa á la puerta mayor de San Pedro.
- L. Camino por el cual se va desde la villa á la puerta menor de San Pedro.
- M. Iglesia de San Pedro, situada dentro de dicho cementerio.
- N. Capilla de la Congregación en la iglesia de San Pedro.
- O. Puerta llamada *de la capilla de la Congregación*.
- P. Sacristía mayor de la iglesia de San Pedro.
- Q. Puerta mayor de la iglesia de San Pedro, que mira al cementerio.
- R. Puerta menor de dicha iglesia que mira á la puerta mayor de la iglesia del Monasterio.
- S. Acequia del célebre abad Arnulfo, que conduce las aguas al molino del Monasterio.
- T. Molino del Iltmo. Sr. Abad, construído en la casa de la cellerería del Monasterio.

NÚMEROS

1. Puerta mayor del Monasterio. | 2. Gran plaza del Monasterio. | 3. Casa de la cellerería con su molino. | 4. *Colegio de Humanidades*. | 5. Huerta del Sr. Abad. | 6. Palacio abacial. | 7. Pórtico delante del claustro. | 8. Puerta del claustro. | 9. Claustro. | 10. Puerta de la capilla del Capítulo. | 11. Capítulo. | 12. Diversos edificios, casas, huerta de los monjes y otros ámbitos y espacios del Monasterio. | 13. Muralla que rodea sin intermedios todo el Monasterio, la iglesia de San Pedro y el cementerio.

SISTEMA DE LECTURA PUBLICA
DE CATALUNYA



1310405370

